

Querida Elizabeth (y a todas las madres que se van a sentir reflejadas en esta carta):

Me dio mucha alegría conocerte y escuchar un pedacito de tu historia como mamá. Sé que ahora tus hijos ya son grandes y que después de lo que te compartí sobre los talleres que imparto, pensaste: “Ojalá hubiera sabido todo esto antes...”. Y me dijiste que sientes que podrías haberlo hecho mejor.

¿Sabes qué pienso? Que lo hiciste. Lo hiciste a tu manera, con lo que tenías en ese momento. Tus hijos hoy son adultos, se hacen cargo de sus vidas y eso no es casualidad. Al final, de eso se trata la crianza: de acompañarlos para que puedan desplegar lo mejor de sí mismos en el mundo.

Mientras lo hayas hecho desde el amor, quédate con eso y date todo el crédito del mundo porque sé —como también me pasó a mí— que lo atravesaste sin una tribu, sin red de apoyo y sin manual. Fuiste guiada por tu intuición y eso vale más que cualquier curso, libro o clase. La manera en que hablas de tus hijos es la mejor prueba de que lo hiciste con entrega, ternura y amor.

Y en cuanto a la culpa, esa palabra tan repetida y tan universal que atraviesa culturas y generaciones y que no discrimina idioma ni género, nos impide reconocer lo bien que lo hicimos. Hoy quiero hacerte una pregunta que me parece fundamental: mientras cuidabas... ¿quién te cuidaba a ti?

Reflexionar sobre eso no es un lujo, es una necesidad, porque muchas veces la maternidad puede volverse un camino solitario. Sin embargo, tu bienestar también importa. Cuidarte es un acto de amor propio que, inevitablemente, impacta en la salud emocional de tus hijos.

Hoy tus hijos florecen y eso no es casualidad, es el resultado de tus desvelos, tus decisiones, tus renunciadas, tus dudas y tu entrega. Todo eso que sembraste en ellos sin saber si estaba bien o mal y sin tener garantías, es el testimonio vivo de tu dedicación.

Es lógico mirar hacia atrás y repasar lo hecho pero en vez de hacerlo con culpa, hazlo con orgullo. Fuiste faro. Fuiste guía. Y aunque hoy ya no te necesiten de la misma manera, llevan con ellos lo que aprendieron de ti.

Ahora es tiempo de mirar para adentro, de abrazarte, de redescubrirte. Este nuevo capítulo es tuyo. Cuidarte, disfrutar, brillar. Porque ser madre no implica desaparecer, sino sumar capas a tu identidad.

Querida Elizabeth, celebra tus logros, tu amor incondicional y todo lo que diste. Eres una madre extraordinaria. Y lo mejor es que tu historia sigue escribiéndose.

Con cariño y admiración,

Mónica

